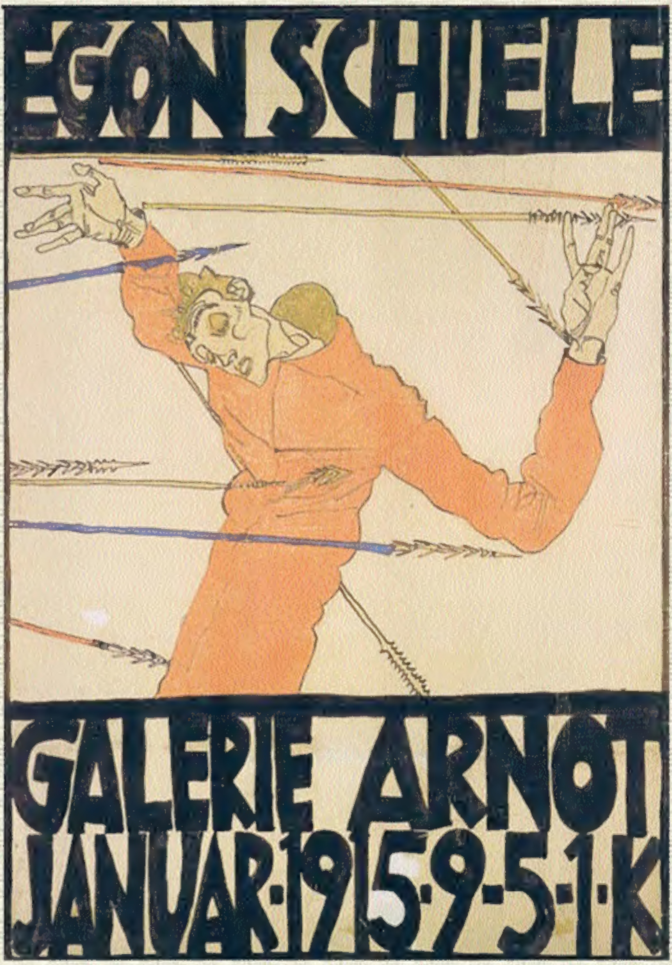
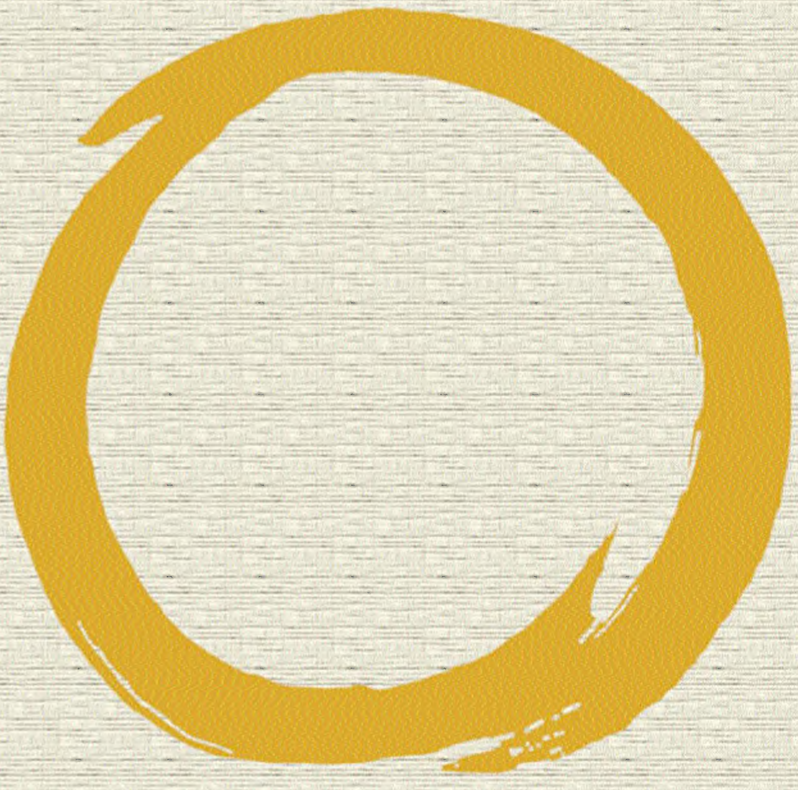
EGON SCHIELE
EN PRISIÓN



MALDOROR ediciones



EGON SCHIELE

EGON SCHIELE
EN PRISIÓN

Traducción:
Jorge SEGOVIA

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original en lengua francesa:

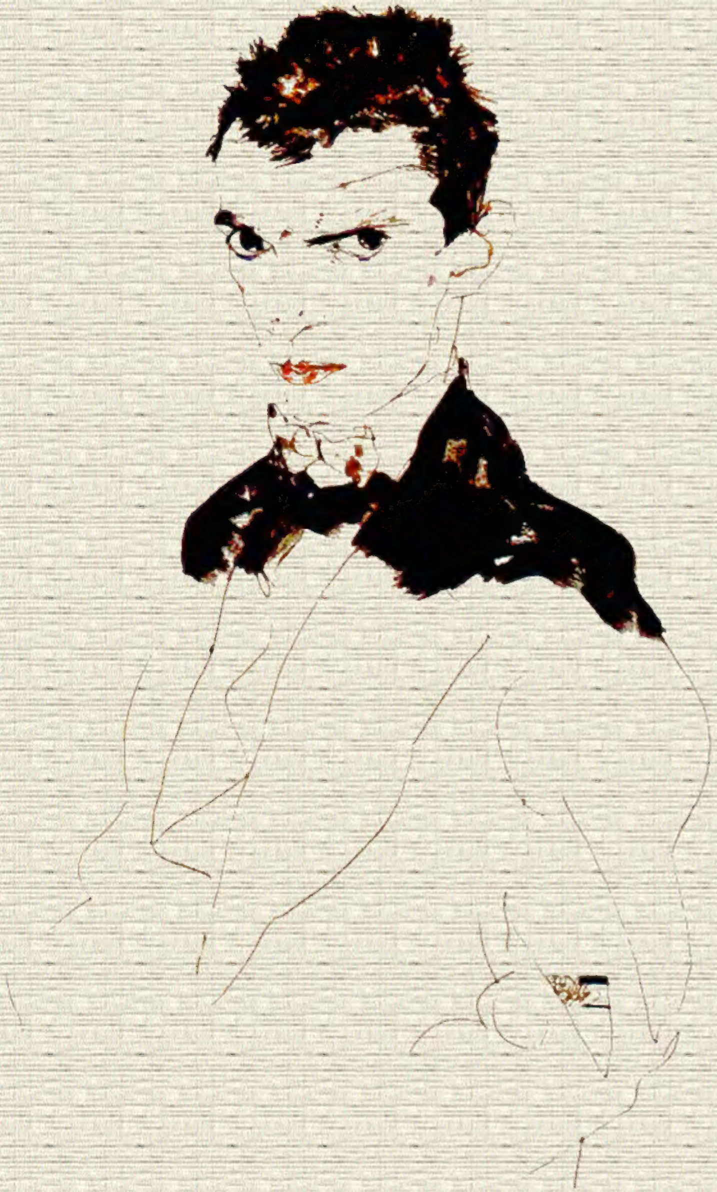
Egon Schiele en prison
Éditions La fosse aux ours, 2003

©Primera edición: abril 2004

© Traducción: Jorge Segovia

Depósito legal: VG-138-2004
ISBN: 84-933639-1-X
MALDOROR ediciones, 2004
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

EGON SCHIELE
EN PRISIÓN



Prólogo

El 9 de mayo de 1912, cuando Egon Schiele me escribe desde Viena a Torbole –en el lago di Garda– sufre un profundo sentimiento de deterioro interior: "... como le digo, estoy acabado, ¡me siento tan miserable! He pasado 24 días en prisión –¿estaba usted al corriente?–. He sufrido de todo y en los próximos días le escribiré sobre lo que me ha ocurrido".

Las páginas que siguen traducen en palabras y en imágenes lo que ha padecido durante esos 24 días. El tiempo transcurrido y la muerte del artista han creado la distancia que permite esclarecer lo que aquel encierro de Schiele fue siempre en realidad: un mal golpe que no consiguió su objetivo, cuyo origen fue el excesivo celo de los guardianes de la moral, y el martirio doloroso de un artista incomprendido en vida.

Schiele se vio obligado a moverse por caminos orillados de espesa maleza donde los prejuicios proliferaban como la mala hierba. Cuando disminuyó el riesgo, pronto aprendió, a sus expensas, que había otros paisajes equívocos, que tapices de flores pueden cubrir muchas ciénagas. A la vida que Egon Schiele debió compartir como ser humano con sus congéneres puede aplicarse esta dura sentencia de la hermana Hedwige: "Como ser human o que eres, contempla su vida de profunda miseria".

Arthur Roessler

Prisión de Neulengbach, 16 de abril de 1912

¡Al fin! ¡Al fin! ¡Al fin! ¡He aquí lo que aliviará un poco mis sufrimientos! Al fin papel, lápices, pinceles, colores, para escribir y dibujar. ¡Qué tortura esas horas grises–grises, monótonas, informes, que se parecen todas, anodinas, confusas y vacías, conminado a pasarlas desnudo, despojado de todo, como un animal, entre estos muros desolados y fríos!

Alguien más débil interiormente se hubiese vuelto loco aquí, y –a la larga– también yo, a fuerza de permanecer anonadado día tras día; por eso, cuando fui arrancado con violencia de mi ámbito creativo, para tratar de no caer en la verdadera locura, me puse a pintar –con mi dedo tembloroso mojado en mi amarga saliva–, paisajes y rostros en las paredes de la celda, sirviéndome de las manchas de la argamasa; después observaba cómo secaban poco a poco, se difuminaban y desaparecían en el fondo de las paredes, como borrados por una mano invisible, poderosa y mágica. Ahora, felizmente, dispongo de nuevo de material de dibujo y con qué escribir; me han devuelto incluso la peligrosa navaja. Puedo trabajar y soportar así lo que de otra manera sería insoportable. Para conseguirlo, tuve que doblar la cerviz, me rebajé, hice una petición, supliqué, mendigué y hubiese llorado si tuviera que pagar ese precio. ¡Oh, Arte todopoderoso, qué no sería yo capaz de soportar por ti!

17 de abril de 1912

El 13. El 13. El 13. ¡Trece veces el trece de abril! Anteriormente, el trece no me inspiraba ninguna aprensión supersticiosa, pero he aquí que ahora el día decimotercero del mes se ha convertido en un día funesto. Fue el trece de abril de 1912 cuando me arrestaron y pusieron entre rejas por decisión del tribunal del distrito de Neulengbach.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

No lo sé; mi pregunta no ha obtenido respuesta.

Las calles de Viena no retumban de gritos estridentes contra mi encarcelamiento, porque nadie sabe aún que me han infligido violencia, hecho desaparecer como a través de una trampilla. Por lo demás, ¿gritaría alguien si se supiera? ¿Vendrían en mi ayuda? Sí, quizá G.K., y A.R., pero los demás se esconderían mezquinamente; en cuanto a T.F., se comportaría como un jesuita, pondría un semblante impasible, alzaría los hombros y se sentiría moralmente superior a ese otro que soy yo, y liberado en su fuero interno de alguien que para él es un obstáculo.

¡En el infierno! No. No el Infierno con una gran "i" mayúscula. En un infierno muy preciso, vil, abyecto, sucio, miserable y humillante al que se me ha arrojado con presteza.

Polvo, telarañas, escupitajos, vaharadas de sudor, y también de lágrimas, han manchado la argamasa sarnosa que se resquebraja. En el lugar donde el catre toca el muro, las manchas son más numerosas y la cal está abrasada; trozos de ladrillos rojo sangre sobresalen allí completamente lisos y brillan con un color graso, como pulidos. Ahora sé lo que es una fosa; todo recuerda aquí a las mazmorras. La visión de esa puerta espesa, brutal, maciza, con su enorme y sólida cerradura, que ni golpeándola con los hombros o el pie podría hacer vacilar, la mirilla con la válvula, lo que se llama el banco o catre armado a partir de toscas vigas escuadradas, las viejas mantas hechas jirones –un caballo se estremecería de horror si con ellas le cubriesen los lomos– que extrañamente huelen a fenol o lisol y a sudor de hombres con hedor a moho y lanas animales; cuando se toma conciencia de todo eso, vivimos y revivimos todas las fosas de todos los tiempos, esos pozos de horror cavados en el suelo de las antiguas fortalezas, de los antiguos ayuntamientos, en los que se arrojaba o se dejaba pudrir a los prisioneros.

Sólo el botón del timbre eléctrico sobre la cabecera del camastro desentona aquí, y hace alusión a los tiempos modernos. Y por eso sé que no sueño, que no soy presa de visiones. No, no sueño, vivo, sufro; a menos que la vida sólo sea un sueño donde se castigan severamente las pesadillas.

18 de abril de 1912

Estoy obligado a vivir entre mis propios excrementos, respirando un aire sofocante, deletéreo.
Estoy sin afeitar, incluso no puedo lavarme como es debido. ¡Sin embargo soy un ser humano!, y sigo siéndolo aunque sea un prisionero: ¿nadie lo ha pensado?

El carcelero ha entrado con su tintineo de llaves, ha dejado un balde, una escoba y un cepillo en mi celda y me ordenó fregar el suelo. ¿Está eso permitido? Infame exigencia. Y a pesar de todo me he alegrado: el simple hecho de estar activo es una bendición. Froté y fregué, lavé y sequé con todas mis fuerzas.

Las rodillas, la columna vertebral y los brazos aún están doloridos y los dedos magullados, las uñas rotas. Esperaba el regreso del carcelero, casi orgulloso de lo que había hecho, y pensé que iría a felicitarme. Cuando apareció, observó el suelo, y, después, inmisericorde, lanzó nauseabundos escupitajos en distintos lugares, y gruñó: "¿Tú llamas a eso fregar? Está peor que una porqueriza. Volverás a limpiarlo ahora mismo, ¡pero esta vez más te conviene dejarlo como una patena!" De nuevo fui a llenar un balde de agua, grande y pesado, me puse de rodillas y froté y froté. ¿Cómo puede un hombre encontrar placer (¡ placer! – ¡destello divino!) en humillar tanto a los otros? ¿De dónde viene esa maldad? ¿Cómo puede ser posible tal infamia? ¡Yo aún no estoy condenado! ¿Qué derecho tienen entonces a castigarme? Aquí nadie sabe si aún no seré inocente, y si lo soy ¿qué derecho les asiste para maltratarme? ¿Se procede así con todos los preventivos? Estaría bien meter en chirona un día a todos los diputados, así, visto y no visto, a fin de que esos legisladores descerebrados sientan en su propia carne –puesto que carecen de alma– lo que significa estar encarcelado.

19 de abril de 1912

Acabo de pintar el sitio donde duermo. En medio del gris mugroso de las mantas, una naranja radiante que me trajo V., la única emanación de luz en este espacio. Esa pequeña mancha de color me procura una indecible sensación de bienestar.

20 de abril de 1912

He dibujado el corredor que pasa ante las celdas, con el baratillo que se ve tirado en los rincones, con los utensilios que utilizan los prisioneros para limpiar su celda. Bien. Eso me ha devuelto un poco de equilibrio. Me siento purificado más que castigado.

21 de abril de 1912

Desde que puedo trabajar, el encierro se ha hecho un poco más soportable. He dibujado el movimiento orgánico del cántaro de agua y la rudimentaria silla, y he realzado el dibujo con algunas manchas de color.

Igualmente, he pintado dos de mis pañuelos del mismo color que la silla.

22 de abril de 1912

Dios es eterno, y poco importa que el hombre le llame Buda, Zoroastro, Osiris, Zeus o Cristo; e intemporal como Dios es lo que hay de más divino después de él: el Arte. El Arte no puede ser moderno; el Arte es eternal.

23 de abril de 1912

Echa tu mirada sobre mí, Padre Todopoderoso, Todopoderoso hacedor, Altivo de ojos solares, Tú que estás aquí y en todas partes a la vez, y piensa si Tú quieres tolerar esos tormentos abrumadores y vergonzosos que se disponen a hacerme sufrir. Tus rayos X han radiografiado mi alma, Tú lo sabes todo de mí, estoy desnudo ante Ti, Tú me reconoces enteramente como Tu criatura. En consecuencia: si yo tropiezo, es en Tus caminos, a causa de Tu voluntad; pero ¿sufrir por Tu voluntad? ¿Estar encerrado por Tu voluntad? ¿Es eso lo que me ocurre? ¿Tal vez durante un instante has bajado los párpados y has cerrado los ojos, Tus ojos azules mar y cielo llenos de bondad, ante el destello plateado de Tus mundos y astros orbitales o ante la rueda luminosa de Tu sol de oro fundido, olvidándome así en ese instante? Pudo haber sido así, y por eso Te imploro: ¡escúchame, confíame Tu oído que no está cerrado a nada!

24 de abril de 1912

No demasiado lejos de mí, lo bastante cerca para que escuchara mi voz si yo gritase, instalado en su sala de audiencias, está un hombre que es juez o quién sabe qué, un hombre, pues, que se considera mejor que los demás, que tiene estudios, que ha vivido en la ciudad, ha frecuentado iglesias y museos, teatros y conciertos, e incluso sin ninguna duda exposiciones de arte, que cuenta, pues, entre las personas cultivadas, que ha leído o cuando menos ha oído hablar de biografías de artistas ¡y ese hombre puede asumir que yo esté encerrado en una jaula! Ha dejado que me pudra aquí durante horas, durante días, y no se ocupa de mí en absoluto. ¿En qué piensa? ¿Qué conciencia tiene ese hombre?

Quizá tenga preocupaciones, quizá sea distraído, ¿quizá me ha olvidado? Deberé tal vez permanecer muchos meses en prisión; sí, quizá caiga enfermo aquí y me muera antes de que sea aclarada mi inocencia.

Ninguna perspectiva de ayuda, ningún amigo está localizable. No puedo informar a nadie de mi situación. K., está en Attersee, R., está en el lago di Garda, y quién sabe dónde se encuentran los demás.

Pero aunque incluso estuviesen en Viena, ninguno de ellos podría venir a liberarme de inmediato en vista de que me está prohibido escribir a quienquiera que sea.

25 de abril de 1912

Ayer: súplicas –en voz baja, desalentadas, quejumbrosas–; gritos –altos y fuertes, insistentes, suplicantes–; sollozos, gemidos, desesperación, angustia, desesperación; para acabar, tumbado a lo largo, aplastado, con los miembros congelados, en medio de trances mortales, inundado de sudores fríos: ¡perseveraré de buena gana por el Arte y por mi bienamada!

27 de abril de 1912

¿Qué haría en estos momentos si no tuviese el Arte? Qué terribles han sido esas horas incomprendidas, brutalmente arrancado de sueños infinitos en los que no existe nada feo, solamente cosas sorprendentes, y sentirse arrastrado con violencia a un primitivismo brutal y absurdo al que le falta todo lo que puede embellecerlo, pues podría ser energía y fuerza.

Amo la vida. Me gusta sumirme en las profundidades de todos los seres vivos; pero aborrezco ese "tú debes" compulsivo, hostil, que me tiene cautivo y quiere forzarme a llevar una vida que no es la mía, una vida empobrecida, funcional, útil, sin Arte y sin Dios.

28 de abril de 1912

De todas mis amistades, la de A.R., es la más fuerte, la más pura, porque él me comprende hasta lo más profundo, con su corazón. Comprendemos cuando amamos, y siempre deberíamos amar cuando comprendemos.

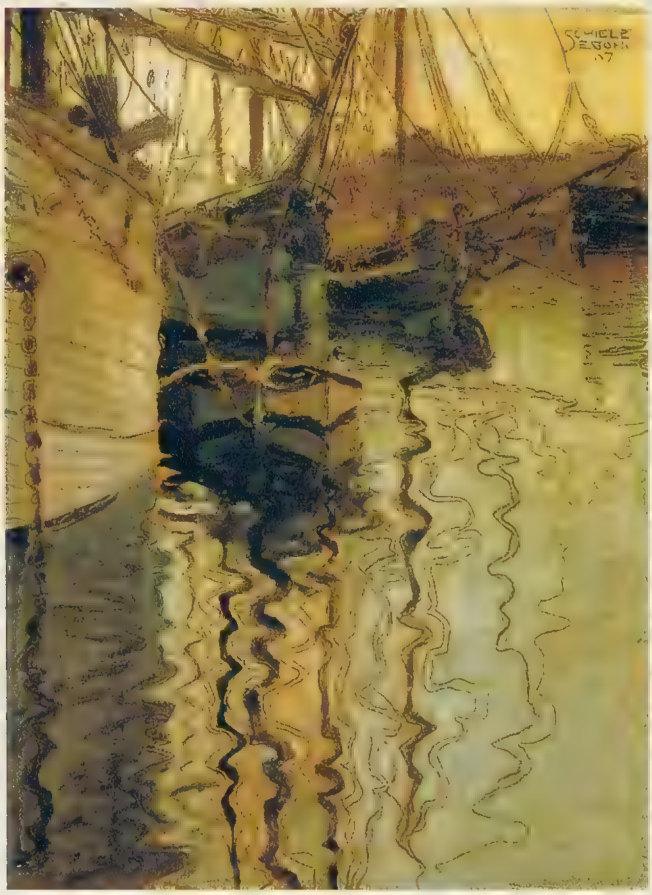
29 de abril de 1912

Si al menos yo supiese por qué me han metido en este lugar. Desde luego no a causa del dibujo. Aunque... Todo es posible en Austria, el país en el que Waldmüller se vio forzado a escribir una súplica al fisco, en el que Romako fue empujado al suicidio por ignorantes currelas, envidiosos y celosos, en el que profesores de universidad abandonaron escandalosamente un acto burlándose de Klimt.

¿Pero para qué todo esto? Prisionero, estoy prisionero, estoy encerrado, no puedo moverme, no tengo derecho a hacer nada; ¡y en el exterior es ya primavera, la tierra sombría y húmeda exhala sus aromas, las savias ascienden, brotan las primeras flores! Quisiera pasear, ir hacia esas praderas de innumerables flores, espiar al abrigo de los brotes en flor el canto de los pequeños pájaros enamorados, de ojos brillantes, como gotas de color de esmalte o como engastes de piedras preciosas.

1 de mayo de 1912

Soñé con Trieste, con el mar, con los mares abiertos. ¡Oh nostalgia! Para consolarme he dibujado una embarcación ventruda de colores abigarrados, como las que vemos balancearse en el Adriático. Gracias a ella la nostalgia y la imaginación pueden izar las velas y navegar largo tiempo hacia islas lejanas, donde pájaros fantásticos se mueven y cantan en árboles increíbles. ¡Oh, mar!



¿Qué día? – ?! ?! –

Interrupción, cambio. He sido transferido a la prisión de San Pölten.

El gendarme se ha mostrado muy amable. Un buen hombre. No me ha encadenado. Incluso me permitió fumar, con tal de que no me viesen.

Aunque lo más agradable fue el viaje en tren. Me imaginé que estaba de vacaciones. Contemplaba por la ventanilla y veía los campos verdeantes a medida que el tren avanzaba. Era un tren que se desplazaba lentamente, lo que en esta ocasión me alegró porque quería mirarlo todo, y despacio. Vi cosas hermosas: el cielo, las nubes, pájaros volando, árboles desgreñados y casas tranquilas de tejados confortables y sólidos.

Un día cualquiera

¿Cuánto tiempo hace que estoy ya calcificado entre estos muros que la miseria de los hombres ha vuelto leprosos?

¿Cuánto tiempo hace que no oigo los vientos blancos y mecedores sobre los verdes ondulantes?

¿Cuánto tiempo hace que no veo las nubes de blando algodón, los rocíos matinales, los atardeceres de azur crepuscular? Sólo veo nubes negras y negras.

¿Todavía el sol, en su altivo vuelo, hace rodar su gigantesco disco de oro incandescente por encima de la tierra temblorosa?

En torno a mí todos los colores son apagados. Es espantoso. Sin colores: así es como debe de ser el mundo de los condenados. ¡Un infierno abrasador y rojo, pleno de ardiente fuego sería bello! Y como toda belleza nos hace feliz, y nos maravilla, ese infierno en llamas no sería un castigo; únicamente la infinita monotonía gris–gris y el aburrimiento son el verdadero, terrible y satánico castigo. ¿Cuanto tiempo ha transcurrido desde que estoy encarcelado? Yo, que soy uno de los seres más libres por naturaleza, atado únicamente a esta ley que no es la del mayor número.

Mucho, mucho tiempo: ha pasado una eternidad. La duración del tiempo varía. El tiempo puede durar o precipitarse; se trata de una noción real de diferentes niveles, según lo percibamos.

¡Un día más, un día de mayo!

Paseo por el patio de la cárcel. Ciertamente Roller es un gran artista, pero su patio de la prisión en *Fidelio* no es más que teatro, mientras que la pintura *Patio de prisión* de Van Gogh es una verdad de las más sobrecogedoras: es arte grande.
Tap-tap, trotar en círculo. Como dementes, siempre uno detrás de otro. Durante una hora. Ese anillo de hombres al trote me causa una impresión menos trágica de lo que esperaba en este nauseabundo presente.
Sentía sobre mí las miradas curiosas de los otros presos, y, yo, a mi vez, los miraba a ellos con asombro. Desde aquí y allá se dirigían a mí. Al principio no comprendí sus palabras musitadas, cuchicheadas, gargoteadas, ventrilocuadas; se trataba de expresiones susurradas del argot de los ladrones y chulos. Poco a poco acabé por comprender lo que aquellos tipos querían saber: por qué yo había "caído", es

decir por qué había sido arrestado. Respondí que ignoraba la razón. Ante lo cual sus rasgos se deformaron, volviéndose maliciosos, con muecas de desprecio. Verdaderamente, incluso aquellos seres depravados aún podían hacer demostración de desprecio hacia otros. La mayoría también me preguntó si no tenía una "mascada" para ellos, una colilla o tabaco para mascar. Yo no tenía nada de eso. Uno de ellos –un tipo robusto y pelirrojo, de ojos verdiglaucos–, escupió sobre mis zapatos americanos; insistía con encono en que se los diese, que se los cambiase por alguna de sus cosas. Un hombre ya mayor, el auténtico *Schigolch*, se movía hábilmente buscando mi proximidad. Se deslizaba sin parar y sin llamar la atención delante del hombre que le precedía, hasta que justamente se encontró detrás de mí, arrastrando los pies cerca de mis talones. Me hizo preguntas a las que no respondí porque no las comprendía. También me preguntó por qué estaba allí. Se lo dije. Entonces se echó a reir con una voz ronca y se lo susurró al que iba detrás de él, que también se echó a reir. Aquella risa reprimida, en sordina, se propagó a través de toda la formación de hombres que caminaban en círculo, hasta el que me precedía. Se retorcía de risa. Después volvió la cabeza hacia mí, mostrando los dientes, se

lamió los morros violáceos con su enorme lengua hinchada y dijo: "Tú te has tirado a una menor, ¿eh?"
Me estremecí, como golpeado por el rayo: lo que él sospecha podría muy bien ser lo que sospecha el tribunal. Hay tal vez una relación entre el secuestro imaginario de esa joven, a la que yo no conozco, y que ha vuelto hace tiempo con sus padres o abuela, y mi arresto. Una vez que este pensamiento atravesó mi alma me sentí aliviado, tranquilo. Pues sé bien que ahí no puede ocurrirme nada, que ese "secuestro" es fruto necesariamente de un malentendido, toda vez que nunca hubo un secuestro. En lo que concierne a esa desconocida, las cosas más bien han ocurrido así:
En Neulengbach, cuando el tiempo lo permite, me pongo a trabajar en el exterior, al aire libre; primero en el jardín de mi casa, después más lejos, también fuera, al azar de lo que me interesa. Fue en esa ocasión cuando la joven, que acostumbraba a pasear por allí, me vio. Parecía tímida y al principio sólo me miraba de lejos; un día sin embargo se aproximó y se detuvo para mirarme trabajar. Llevaba en su mano el catálogo de la "Casa de los artistas", y de manera bastante ostensible. No me preocupé. Me preguntó entonces si yo también iba a exponer en la "Casa de los artistas". Era una

pregunta tonta, pero yo no quise ofenderla; me contenté con responderle que yo era un adversario implacable de la "Casa de los artistas", porque allí sólo había funcionarios de la pintura, etc. Ella me escuchó sin decir nada, después me dio las gracias por mis explicaciones y se marchó. Volvió en otras ocasiones, poniéndose a mi lado cuando yo pintaba en el exterior, entre la naturaleza; como hacía preguntas muy simples y no demostraba ningún sentido para el arte y la creación artística, su conversación no me procuraba ningún placer, así que yo no decía entonces gran cosa. Después dejé de verla durante un cierto tiempo. Casi la había olvidado, cuando repentinamente una tarde de mal tiempo, de lluvia y tempestad, llamaron en la puerta de entrada a la casa. V., estaba conmigo, y nos preguntamos sorprendidos quién con aquel tiempo de perros podía venir tan tarde desde Viena, pues en Neulengbach no conocíamos a nadie. Abrí la puerta y vi a la joven completamente empapada y manchada por el barro de aquellos caminos enfangados. Estaba pálida y muy excitada. La llevé a la habitación donde habíamos encendido el fuego, pues yo estaba allí dibujando desnudos, y se la presenté a V., que no pareció muy contenta. Sin que yo le hubiese preguntado, la joven comenzó a contar que venía a refu-

giarse en mi casa porque se le había hecho imposible vivir por más tiempo en casa de sus padres. Se echó a llorar y dijo que se sentía incomprendida, atormentada, confinada por su familia, en una palabra que la sometían a toda clase de agravios imaginables, hasta el punto de que era incapaz de seguir sufriendo aquello y prefería partir a la aventura y refugiarse en casa de los extraños antes que permanecer con sus padres. Yo me sentía muy incómodo, sin embargo no pude decir nada, porque no podía ni quería rechazarla y apenarla más.

Entonces, V., vino en mi ayuda, explicándole a la joven que era imposible que permaneciese con nosotros, no porque no deseáramos ayudarla, cobijarla en nuestra casa, sino porque no podríamos ayudarla, porque en uno o dos días sus padres vendrían a sacarla a la fuerza de nuestra casa y que todo eso conduciría, en este rincón perdido donde todo se sabe, a un enorme escándalo.

Al principio, continuó llorando y sacudiendo su cabeza sin parar; después, cuando consiguió arrinconar las sospechas que alimentaba acerca de V., pareció reafirmarse en sus argumentos. Dijo que esperaba ir al día siguiente por la mañana a casa de su abuela –a Viena–, y nos rogó que la acogiésemos al menos aquella noche entre nosotros, pues en modo alguno regresaría a casa de sus padres.

¿Qué podía hacer yo? Afuera, el tiempo había empeorado; la tempestad bramaba en torno a la casa aislada. Pesados golpes de lluvia se abatían contra los cristales que tintineaban, el conducto de la chimenea gemía y aullaba, fuera la noche era negra y fría. Por eso le dije a aquella joven que tiritaba penosamente dentro de sus ropas mojadas que podía quedarse y dormir aquí con V. Quiso agradecérmelo besándome la mano, lo que por supuesto yo no toleré. V., se dirigió con ella a otra habitación para que se pusiera ropas secas. Cenamos juntos, bebimos cerveza y fumamos, y de esa manera permanecimos sentados durante algún tiempo charlando un poco de todas las cosas, después las dos jóvenes se fueron a dormir juntas. Yo me quedé solo, sumido en mis pensamientos.

Al día siguiente por la mañana, nos encaminamos los tres a Viena.

Me despedí de ellas en Westbahnhof. V., siguió con la desconocida para acompañarla a casa de su abuela, a donde a pesar de todo no se atrevía a ir sola. Yo había quedado con V., para el día siguiente en Westbahnhof a una hora precisa, porque quería llevarla a N., para que posara de nuevo para mí. Cuando fui a la estación y me dirigía hacia el tren, no daba crédito a lo que veía cuando descubrí a la joven esperando al lado de V. Dijo que a pesar de todo no se había atrevido a presentarse en casa de su abuela, y que consecuentemente había dormido en el hotel con V., y que ahora regresaba a N. No encontré nada que decir a aquello, pues creía, qué duda cabe, que ella pensaba regresar a casa de sus padres. Y tampoco me sorprendí cuando en N., ella siguió con nosotros hasta la casa y se quedo allí, pensando que no se decidía a regresar a su casa antes de que se hiciese de

noche; no me convenía que ella permaneciese mucho tiempo en mi casa, pero no dije nada, no sé por qué. Así que permaneció hasta la caída de la noche y volvió a pasar la noche en mi casa: entonces decidí hablar de ello con V., una vez que la joven estuviese acostada. Convine, pues, con V., que le haría comprender al día siguiente por la mañana a la desconocida que le era imposible permanecer más tiempo, y que tenía que llevarla a casa de sus padres. Pero las cosas sucedieron de otra manera.

A la mañana siguiente, yo estaba pintando ante mi caballete, cuando de súbito la joven se puso a gritar "¡Dios mío, ahí viene mi padre!" Efectivamente: miré hacia fuera y vi a un hombre de cierta edad atravesando el jardín y acercándose hacia la casa. Sin esperar a que llamara, fui a su encuentro. Nos saludamos educadamente bajo el umbral de la puerta, después dijo que sabía que su hija estaba en mi casa –personas que la habían visto le habían informado de ello–, y que yo debía entregarle sin demora a la joven, pues si no me las vería en los tribunales por corrupción de menores, ya había puesto una denuncia, etc. A lo que le contesté con tranquilidad que en primer lugar no podía ser cuestión de corrupción de menores, puesto que su joven hija, a la que yo apenas conocía y que no me interesaba en modo alguno, se había escapado por propia voluntad de la casa paterna para entrar en mi casa

una noche de tempestad y suplicarme que le ofreciese cobijo esa noche, etc. Que nada le había ocurrido en mi casa, que había dormido con V., la cual también había estado presente en todo momento. "Bien. ¿Dónde está mi hija?" preguntó el padre. Le dije: "Ahí, en la pieza de al lado" y le señalé la puerta. En ese momento se oyó un grito, después siguió un ruido apagado. Nos precipitamos en la pieza y descubrimos a la joven caída en el suelo, con mis grandes tijeras de cortar papel en la mano. Aquella pequeña idiota había intentado cortarse las venas por temor a su padre, pero no lo había conseguido, felizmente. O bien las tijeras estaban muy desafiladas, o bien ella no había sido lo bastante fuerte, o quizá la joven fue torpe o solamente fingía. Después de haber discutido aún un poco, el padre y la hija, reconciliados –me pareció–, se marcharon juntos. Yo me sentía dichoso, y di el asunto por terminado.

Parece que me equivoqué. En su alegría por haber encontrado a su hija, probablemente el padre olvidó retirar su denuncia por corrupción de menores, y he aquí que debo expiar una falta que yo no he cometido. Voy a exigir ser presentado ante un juez de instrucción, es necesario que sea alguien bien situado, que comprenda las situaciones extraordinarias, para que yo pueda explicarle esta equivocación.

¡Mi arresto no es una equivocación!

Yo no he sido arrestado a causa de la joven histérica sino más bien –como supongo tras las consultas con mi tutor– porque sospechan de mí actos de pedofilia con las jovencitas, a causa de la realización de dibujos eróticos, es decir obscenos, que yo habría mostrado a los niños o dejado llevar por inadvertencia. ¡Ahora sé al fin por qué estoy "en chirona"! ¡Es un escándalo! ¡De una brutalidad casi inconcebible! ¡Una infamia! ¡Y una gran, gran estupidez! Es una vergüenza para la cultura, una verguenza para Austria que algo parecido pueda ocurrirle a un artista en su país.

Yo nunca lo he ocultado: he realizado dibujos y acuarelas que son eróticos. Pero son obras de arte, puedo afirmarlo alto y fuerte, y las personas que comprenden algo de eso lo confirmarán de buena gana. ¿No han concebido otros artistas imágenes eróticas? Rops, por ejemplo, no hizo otra cosa. Pero el artista no fue encerrado por eso. Ninguna obra de arte erótico es una porquería cuando vale por sus cualidades artísticas; la misma se transforma en porquería únicamente cuando el espectador es un cerdo. Cuántos nombres de artistas podría citar aquí, comprendido el de Klimt; pero yo no quiero disculparme en modo alguno de esta forma, eso sería indigno de mí. No niego, pues, nada. Declaro no obstante como falsas las alegaciones que me acusan de haber mostrado conscientemente dibujos de ese tipo a los niños, a niños que yo habría pervertido. ¡Es falso! Sin embargo yo sé pertinentemente que existen muchos niños perversos. ¿Y qué significa de hecho "perverso"? ¿Han olvidado los adultos cómo fueron perversos, es decir cuánto las pulsiones sexuales los animaban y excitaban cuando eran niños? Yo no lo he olvidado, pues eso lo he sufrido atrozmente.

Y estoy convencido de que el ser humano deberá sufrir tanto tiempo los tormentos ligados a la juventud como sea capaz de experimentar sensaciones sexuales.

¡Ah! ¡De golpe todo se aclaraba! ¡La investigación en la casa! ¡El secuestro de mis dibujos! ¡Qué estúpido he sido, qué ciega confianza! Eran dos. Tenían una apariencia humana. Vestían ropas abigarradas, de botoneras brillantes. Se acercaron más a mí, hablaron, señalaron; yo no veía sus rostros, tropezaba con máscaras. La avidez y la maldad animal, la pereza mental y la alegría maliciosa miraban a escondidas por detrás de los agujeros en forma de mirilla que les servía de ojos. Y sus voces como de un disco rayado de gramófono, desprovistas de cualquier temblor que hubiese señalado la presencia de un alma. Productos de un origen impuro, sin voluntad de corregirse, enteramente bajo el yugo de las pulsiones y el caporalismo, no se pertenecían. Criaturas de malignos demonios. Un estremecimiento de horror me heló el espinazo al contacto de esos efluvios animales. Un eclipse de sol ensombreció mi alma, y me sentí mal, agotado de antemano, ante la idea de tener que explicarme con esos dos emisarios de la policía. Repentinamente, se expandió en torno un olor a hongo, a moho y fondo de cueva.

Los dos policías –un gendarme y un municipal– se introdujeron subrepticiamente en mi taller para preguntar por lo que yo hacía. Los padres de algunos niños que yo había dibujado se habían mostrado inquietos. Alguien debió

soplarles aquella “inquietud” al oído. Los dos espías no encontraron nada de indecente en el taller, pero creyeron que debían confiscarme un dibujo que yo había clavado en la pared de mi dormitorio –una acuarela realizada en Krumau–, que les pareció “escabrosa”. Aquello era una solemne necedad y me puse nervioso. Les dije que no había nada de inconveniente en ese dibujo y que había presentado otros –mucho más eróticos– en una exposición de arte en Praga, solamente durante algún tiempo, es verdad, ya que poco después fueron retirados por orden de la policía. El gendarme me preguntó si aún conservaba esos dibujos de Praga; respondí que sí. Con una expresión pueblerina y sonrisa de entendido, aquel instalador de trampas me invitó a mostrárselos: “Vamos, no se preocupe, déjenos ver esos chismes.” Y caí en la trampa. Saqué los dibujos del cajón en donde los guardaba, y, como un imbécil, los pasé a los dedos amorcillados de aquellos dos tipos. Después de que examinaron todo el fajo, dibujo tras dibujo, el gendarme dijo con voz severa: “Estos dibujos son indecentes, tengo que depositarlos en el tribunal. Por lo demás, no tardará en tener noticias.”

No tuve noticias; pero esos cabrones me han encerrado.

Pueden, entonces –sí, comprendo ahora que se "puede", ¡pero no comprendo que tengan derecho a hacerlo!– privar a un hombre de su libertad, encerrar a un artista independiente, del que incluso no saben si ha cometido eso de que lo acusan. Por una simple sospecha, o aún peor, por una denuncia de alguien malintencionado o simplemente de alguien despistado. Eso es un rapto. Sí, la privación de libertad es aquí de hecho un atentado contra la libertad. No puedo comprender de ninguna manera que haya podido ser encerrado, que haya podido serlo más que algunas horas. No comprendo que esto haya podido ocurrir y tampoco comprendo por qué eso ha podido ocurrir. Ningún niño ha sido pervertido por mí, por la sencilla razón de que yo nunca les mostré esos dibujos; en cuanto a los mayores, lo conocían todo con detalles. Entonces ¿por qué? ¡Yo no soy sin embargo un malhechor! No violé, ni robé, ni asesiné, ni incendié; y si he pecado contra la muy delicada "sociedad" de los hombres, es únicamente porque existo.

A mí no me falta buena voluntad, pero ¿cuál es la voluntad que mueve a los otros? Habrá que verlo. Nos incumbe, ni qué decir tiene, estar siempre preparados para sufrir todo aquello que la vida nos inflige. Lo que importa es evaluar y transmutar de otro modo lo que se ha vivido. Resuelto a no llevar la peor parte.

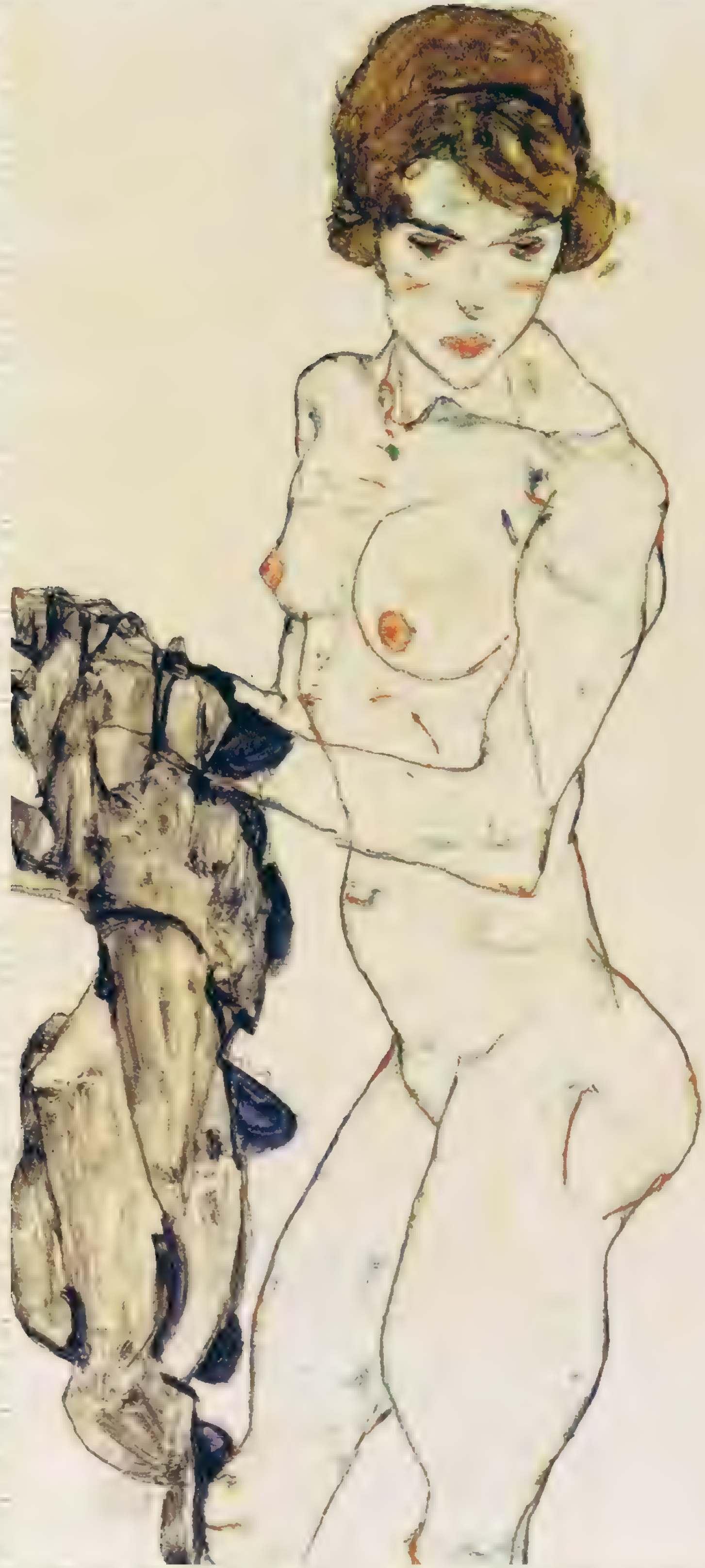
Interrogatorios. Muy curioso. Muy turbador. A veces angustioso. Preguntas cuya coherencia se me escapa. Una amabilidad de la que desconfío.

El "enjuiciamiento" concerniente al "secuestro de menor" está paralizado desde hace tiempo, pero la instrucción del caso de los "dibujos pornográficos" prosigue. ¿Necesitan encerrarme por eso? ¿Teme el tribunal que me fugué? ¡Qué estupidez! El tribunal debe celebrar sesión próximamente. Bueno, sin embargo no llegarán tan lejos como para castrarme, no pueden, como no pueden castrar el Arte. ¿Qué es lo que todavía puede ocurrirme? (Además de que lo que me ocurre es malo y totalmente injusto).

Viena, 8 de mayo de 1912

¡24 días de encarcelamiento! ¡Veinticuatro días o quinientas setenta y seis horas! ¡Una eternidad! La instrucción se desarrolló de una manera lamentable, y he sufrido una indecible desgracia. Se me castiga terriblemente sin haber sido condenado.
Durante la sesión del tribunal, uno de mis dibujos confiscados, el que colgaba en mi dormitorio, ¡fue quemado solemnemente bajo la llama de una vela por el juez togado! ¡Auto de fe! ¡Savonarola! ¡Inquisición! ¡Edad Media! Sí, corred a los museos y destrozar las mejores obras de arte. Quien desaprueba el sexo es una basura que mancilla, de la manera más vil, a los propios padres que lo han engendrado.
¡Todo aquel que no haya sufrido como yo deberá en adelante avergonzarse ante mí!

PINTURAS y DIBUJOS
de EGON SCHIELE



Una oscura historia de atentado contra las buenas costumbres llevará al pintor Egon Schiele a sufrir la cárcel.
En esta obra, bajo forma de diario, se nos ofrece el relato de esa detención. Veinticuatro días en el infierno de un artista que se adelantó a su tiempo.

ISBN: 84-933639-1-X